

EL ESCÁNDALO DE LA ENCARNACIÓN

Felipe Ortuno Marchante

Comendador de la Basílica de la Merced-Jerez.

Académico de Número de la Real Academia de San Dionisio de Ciencias Artes y Letras de Jerez de la Frontera (Cádiz).

**En recuerdo de Santo Tomás de Aquino, quien en la Tercera Parte de la “Summa Theologiae” trata de Cristo y de los beneficios que ha dado al hombre: De la Encarnación, y sobre lo que el Salvador hizo y padeció...*

“Toda verdad-dígala quien la diga-proviene del Espíritu”

(Santo Tomás de Aquino)

CARTA AL CUERPO

Mi querido hermano, distinguido e Ilustrísimo cuerpo humano:

Quiero que sepas que eres un ser dotado de eminente dignidad; y no por lo que de ontológico tengas, sino porque todo en ti es eminentemente digno y nada hay de ti que sea desaprovechable, como dicen las falsas religiones ideológicas de la espiritualidad pura. La dignidad en la persona comienza llamándose cuerpo, porque sin él, evidentemente, no sería-

mos nada. Yo no soy nada...sin ti (Cfr. DÍAZ, C.: *Manifiesto para los humildes*, 47 ss.).

Estábamos acostumbrados a las viejas filosofías griegas, a ese dualismo que desechaba esto tan palpable que somos por ideas abstractas y abstrusas hasta derivar en perversas ideologías de todo tipo, epicúreos y platónicos siempre enfrentados. Nos habíamos olvidado de la importancia que la corporeidad

ha tenido siempre, desde los comienzos de la misma revelación hebrea en que la antropología estaba literalmente en la carne-*basar*, porque en ella ya se daba la auténtica respiración, *nefes* de Dios, y ya soplaba en la materia visible el viento, *ruah* de la trascendencia (Cfr. RUIZ DE LA PEÑA, J. L.: *Antropología teológica fundamental*, 23-24) hasta ese último estadio en el que el mismo *Verbo se hace carne, cuerpo y alma, in-humanatio, hombre entero, incarnatio* hasta sufrir nuestras servidumbres fisiológicas. Porque la sólo apariencia “valentiniana” y “gnóstica” *Sería sacrílega. Vale más un cuadro de Rubens con su rebosante carnalidad desnuda que todas las teorías reformistas de la sola fe desencarnada* (HADJADJ, F.: *La profundidad de los sexos*, 253-270).

En medio de la realidad orgánica y compleja que es el hombre, quiero saludar al cuerpo psico-somático, a ese lugar misterioso donde irradian las operaciones sensitivas, afectivas, electivas y cognoscitivas...allá donde se embarga el hombre entero, el cual está ante Dios en su totalidad indivisible.

Las personas tenemos cuerpo y sin él no seríamos nosotros durante nuestra existencia mortal. Quizá hubiera sido mejor que alcanzáramos la condición de espíritus puros, y de ese modo careceríamos de preocupaciones materiales, de frustraciones corporales, de deterioro progresivo, de muerte (Cfr. DÍAZ, C: *Id.* 48).

Pero no somos tales espíritus puros, y pretenderlo, como aseguraba *Emmanuel Mounier*, sería “hacer el tonto por

angelismo”. Y parece que, a pesar de ello, no nos va tan mal de momento...

Muy buenas noches a nuestro cuerpo, estas manos, estos pies...Hola, humilde y servicial hermana rodilla, gracias por tu flexibilidad, por tu resistencia. Contemplad los labios y agradecedles lo que ellos sirven a eso que tú llamas tu “yo”. Un saludo afectuoso a este hermano cuerpo que nos acompaña, al decir del *Poverello d Assisi*.

Mi agradecimiento al mejor regalo de la creación con su riqueza, complejidad y fragilidad. Aquí lo tenemos ante nosotros, o mejor, aquí está, con nosotros. Nada más cercano que nuestro cuerpo: nuestras humildes hermanas uñas, nuestras modestas hermanas cejas, nuestros recios hermanos huesos... Nuestro hermano Dios que quiso estar aquí en cuerpo, en esa arquitectura a la que pretendemos darle orden y sentido, como el cosmos que es, donde convergen las energías físicas y vitales del reino de la materia, sabiduría de Dios, motor del alma, potencia adecuada con tendencia “hacia arriba”, como la cabeza levantada, que diría San Buenaventura (Cfr. *Breviloquium*, p.2, c.10, n.4) *para que así la derechura corporal atestiguara la rectitud mental*.

Con este fin me acerco a ti, y con el respeto que me mereces, déjame pasar un buen rato contigo en el plácido remanso del pensamiento, aún y cuando tan sólo llegue a la cosmética, o al adorno...ya que la Encarnación es, de por sí, una piel bastante dura para las cortas entendederas que poseemos.

Me despidió de ti, y me acerco ti con un hasta ahora... porque espero que salgas bien parado de mi siguiente soliloquio...

En fin, abrazos, saludos...y todo eso que se dice...

Al hablar de Encarnación, decimos y expresamos la carnalidad histórica, humana, visible, palpable, dominable, corruptible...del hombre. Este es el tema central de la teología, la filosofía y la ciencia... Hoy en realidad toda síntesis parte del hombre en lo que de ser es y en lo que en su proyección expresa, es decir, en cuanto arte, técnica, política y culturalmente sea...

Este ser que es el hombre referido al Dios histórico, que es Cristo para los creyentes, lleva en sí las grandes metas a las que el hombre aspira y lleva en sí, paradójicamente, los grandes interrogantes que definen la insatisfacción ontológica del mismo ser humano (Ej.: ... "angustia existencial ante la muerte"= Getsemaní).

El hombre es el gran problema, la gran incógnita, el mayor reto de todos los tiempos... "*me he convertido en un gran problema para mí mismo*", decía San Agustín. Y en verdad que en esta época, quizá más que en ninguna otra, el hombre sigue constituyendo el desafío mayor para todas las disciplinas existentes: ¿qué significa para sí mismo, qué riqueza tiene en su ser, qué captamos de ese yo en el que vivimos y somos cada uno de nosotros?

Las respuestas que a lo largo de la historia se han dado sólo nos han deja-

do a la puerta del misterio. Desde la filosofía clásica que consideró al hombre como imagen del mundo hasta considerarlo como el *microcosmos*; la ciencia moderna en la búsqueda de su origen, con Darwin, sin hallar respuesta; los humanismos contemporáneos que en su búsqueda desafortunada del hombre han querido renunciar a Dios...En el hombre están representados todos los seres, como unión de todo lo existente, en una especie de nudo de relaciones concatenadas...

La antropología sigue siendo un misterio abierto en su categoría ontológico-existencial. Este es su objeto: el análisis integral de su contenido no acabado, del hombre concreto, existencial, de carne y hueso, al modo como lo definiría Unamuno, buscando su entraña en el misterio de su ser.

Tendríamos que entroncar con la historia del pensamiento global, con todos los métodos de acercamiento antropológico...San Agustín, Pascal, Kierkegaard, Heidegger, Sartre, San Pablo... Del Teocentrismo (Edad Media) al Cosmocentrismo, del Antropocentrismo actual, con el derivado de todos los humanismos, a la Metafísica y la Lógica...Del hombre que piensa sobre el mundo, al estudio de los objetos que le circundan, que con Ortega compondrían el ser y sus circunstancias, del hombre que se pierde en sí mismo al hombre que se encuentra fuera de sí, porque "*el hombre está lleno de realidades que lo proyectan más allá de sí mismo*" (Pascal)...Este hombre que "*por ser inacabado en sí mismo, está*

llamado a perfeccionarse, perfección que busca como última y única” (Sto. Tomás) “...el hombre es una especie de horizonte de tiempo y eternidad, apartándose de lo inferior (tiempo) y acercándose a lo superior (eternidad)” (Sto. Tomás).

Este es el gran problema existente: el hombre. Su ser en el mundo, integrado en la conciencia inmanente de su auto-posibilidad, y su radical impotencia de encontrarse en la totalidad de las cosas y ni siquiera frente a sí mismo.

Un ser en el mundo de manera distinta a como están las cosas. Es verdad que está ahí como natural, concreto, externo, pasivo... Pero el ahí del hombre es en conciencia activa, determinando su existencia que reclama un espacio ilimitado abierto hacia un más allá de las cosas del aquí, del ahora y de lo inmediato... El hombre entre las cosas no es otra cosa... Salta más allá de la geografía estática hacia el interior del sentido, siendo capaz de decidir el movimiento de ese camino en el que se encuentra, y en el que se encuentra perdido...

Sabe de su provisionalidad, de su desarraigo temporal y exige de sí y de todo un “hacia” que logre la síntesis del mundo y su camino... capaz de entenderse en una permanente dialéctica abierta, de certidumbres e incertidumbres, que postula una plenitud de ser, frente a la constante posibilidad del no-ser que reclama la ininteligibilidad de su limitación.

El hombre es paradójico y dialéctico, es lo es y lo que aún no es, se siente imperfecto e inacabado, con posibilidad de autorrealización plena y abierto a lo que

no es... y ahí es donde se va haciendo y actualizando, en el tiempo de sus propios determinantes físicos, con su *naturaleza potencial* (Zubiri) auto-proyectándose hacia la plenitud de sí mismo.

Al decir Encarnación nos estamos situando en el tiempo histórico, es decir, en la dimensión existencial de la posibilidad del hombre, allá donde el hombre proyecta su futuro en libertad, rompiendo el determinismo heredado de la naturaleza dada... Decir Encarnación en clave creyente es lo mismo que decir: Dios cuenta contigo en la posibilidad de recrear el ser y el sentido de cuanto existe, en lo que tiene de creación y de recreación posible.

Ahora bien, sigue el misterio: el hombre es un ser menesteroso, finito, contingente, no puede evadirse, y de su menesterosidad sigue pendiente su realización y subsistencia.

Encarnación quiere decir cuerpo. El hombre es cuerpo, tiempo finito que reclama eternidad. El hombre es espíritu, si nos quedáramos en el término hegeliano para definir la historia de la eternidad. Casi una imposibilidad metafísica. Porque para Hegel *la naturaleza no tiene historia. Sólo el espíritu, el cual es eternidad, aunque esté en el mundo.*

El hombre como espíritu, aunque encarnado, pertenece a la eternidad. Es auto trascendente, meta-histórico. El hombre en el mundo con espíritu, en corporeidad. Fin temporal y principio espiritual... serían términos que nos ayudarían a entender ciertas categorías en clave metodológica, pero no terminaría-

mos de razonar el principio de unidad antropológica al que queremos referirnos cuando hablamos de Encarnación en el sentido antropológico-cristiano. Es verdad que el hombre es una totalidad dialéctica, pero el análisis de sus elementos sólo adquiere sentido pleno cuando se refieren a su totalidad. Del mismo modo que la totalidad no se puede analizar sin sus elementos. He ahí su ser complejo y simple, su ser metafísico e histórico.

La encarnación no se resuelve en la explicación conceptual de un sistema hegeliano, que nos puede servir metodológicamente para entender la realidad histórica, como lo ha hecho el materialismo marxista, pero que no aporta la inteligencia de sentido que se necesita para aceptar que Dios sea realmente en su propia Encarnación la totalidad del Dios a quien buscamos y el sentido al que tendemos. He ahí la gran paradoja y el gran escándalo que supone para el pensamiento humano la aceptación de la Totalidad en la realidad contingente de la Encarnación. Escándalo para los idealismos filosóficos y escándalo para los idealismos religiosos de todos los tiempos. Quizá escándalo para los idealismos emergentes en el mismo seno de la teología cristiana cuando dejan entrever influencia maniqueas y dualistas nada compatibles con la fundamentación a la que nos estamos refiriendo.

Al hablar de Encarnación es evidente que nos queremos referir al hombre de la revelación cristiana, más allá de cualquier imagen que las épocas históricas o

grupos sociales nos hayan dejado, al hombre mismo en cuanto tal, como imagen de Dios, con la salvedad de que de Dios no hay ninguna otra imagen, que diría R. Guardini, porque trasciende toda posibilidad de que haya alguna, sea artística o conceptual... El materialismo considera al hombre en cuanto materia. El idealismo como una manifestación del espíritu absoluto; la sociología lo aborda como un momento de la totalidad social; para el individualismo se es hombre en cuanto su personalidad se apoya sobre sí mismo; con el determinismo el hombre se mueve por completo en la necesidad de las leyes universales; en el existencialismo no hay ordenamiento alguno que determine la vida del hombre, y justamente por ello, tampoco ninguno en el que pueda apoyarse...

Esto sólo es una pequeña muestra de los esbozos que han aparecido a lo largo de la historia respecto a la auto-comprensión del hombre... Visiones lúcidas y contradictorias, a un tiempo, que nos permiten acercarnos un poco a la verdad compleja de la verdad que contiene el hombre: la inalcanzable lejanía interplanetaria o quizá lo sencillamente cercano de nosotros mismos. "El hombre, ese ser desconocido" del biólogo Alexis Carrel define lo que en verdad sucede, que no sabemos quién es realmente el hombre...o ¿quiénes somos realmente nosotros?

Buscándose a sí mismo buscará la inteligibilidad de su todo. Quizá algún día llegue a entender en su ser hombre, la imagen que tiene de Dios. Mientras, el

deseo incontenible de comprenderse quedará perdido en su propio camino; mientras, quedará sujeto al reflejo que de Dios tiene en el rostro de su propio mundo, en el cuerpo que hace visible el alma, porque el cuerpo y el alma son la realidad unida de la Encarnación. Esto es, que Dios, en su infinita plenitud se hace imagen de su ser en la finitud y fragilidad de su criatura. De tal modo que para la concepción cristiana, esta semejanza penetra la totalidad del ser del hombre: la forma primitiva en que se asienta lo humano, el único concepto básico a partir del cual puede entenderse. A Dios se le halla en su dimensión encarnada, en tanto que el hombre de carne y hueso queda de este modo perfectamente referenciado, diríamos que espiritualizado en tanto que el espíritu queda corporizado. Algo así como el puente que sostiene la relación de las dos orillas.

En la Encarnación Dios ha hecho al hombre su tú relacional, y en esta relación entendemos su ser. De Dios y del hombre. De tal manera que sólo desde aquí podríamos entender acaso aquellas palabras de Jesús en las que toda su ética queda fundamentada en la identidad que existe entre Él y el prójimo (Cfr. Mt. 25, 31 ss.) El hombre Jesús de Nazaret reveló en su humanidad tal grandeza y profundidad, que los apóstoles y los que lo conocieron, tras un largo proceso de reflexión, sólo pudieron decir: Sólo Dios puede ser tan humano (Cfr. BOFF, L.: *Jesucristo y la liberación del hombre, Cristiandad*).

De hecho la Encarnación es una llamada de Dios al hombre, para que éste descubra su ser fundante, su auténtica vocación y su verdadero sentido. De tal modo que su realidad de hombre queda, desde la encarnación de Cristo, referenciada a una realidad mucho más plena. Dios se hace inmanente a la par que el hombre trascendente.

Habría que considerar muchos aspectos para que en este discurso no cayéramos torpemente en una absolutización del hombre al modo como lo han hecho en la Edad Moderna los grandes maestros de la sospecha: Feuerbach elimina a Dios en su ateísmo antropológico. Marx reduce a puro materialismo dialéctico el concepto antropológico del que venimos hablando. Freud elimina del hombre su deseo de Dios como si de una ilusión infantil se tratase. Nietzsche no hace sino suplantarse toda idea de Dios para trasladársela al sueño imposible del superhombre.

Sin despreciar las aportaciones, que sin duda han contribuido a una mayor purificación del concepto religioso-antropológico, la encarnación nos abre al hombre pluridimensional en el que la otra dimensión, en forma de *añoranza del absolutamente otro*, que diría Horkheimer, en la *pregunta por el ser* de Heidegger, o en la carga de sentido que tiene la palabra “Dios” para el Wittgenstein de su última etapa de pensamiento.

En todo el recorrido antropológico no ha faltado la corriente puramente biológica en la que se define al hombre desde la animalidad evolucionada, re-

duciéndole a la muda materialidad. La polémica alma/cuerpo se debate ahora en los términos mente/cuerpo, o más exactamente mente/cerebro, defendiendo algunos de los que en ella participan un dualismo antropológico tan marcado como el del Descartes. Frente al dualismo antropológico, en nuestro siglo muchos autores creen más razonable un monismo que generalmente se concreta en un materialismo reduccionista, es decir en la idea de que la mente es una propiedad que tiene su origen en la materia, y exactamente en el cerebro y el sistema nervioso. Todos los que defienden el dualismo antropológico tienden a considerar que las explicaciones psicológicas deben ser radicalmente distintas a las explicaciones de las ciencias naturales. Sin embargo, en el campo de los que defienden el monismo hay muchos que no aceptan un estatuto peculiar para la psicología y distinto a las otras ciencias empíricas, aunque también encontramos algunos autores (Fodor por ejemplo) que reclaman para la psicología unas explicaciones no fisicalistas.

Científicos británicos han creado un “androide”, un robot capaz de pensar, y me quedo pensativo, imaginando con cierta confusión una máquina preguntándose a sí misma: “¿Yo qué soy?”. Inmediatamente, la pregunta rebota y me la dirijo a mí mismo con la misma confusión: “¿Y yo? ¿Qué soy yo?”.

Las ciencias modernas estimulan a la teología con nuevos interrogantes y búsquedas. Las neurociencias –junto con las diversas ramas de la biogenética– se

llevan en ello la palma. Sus investigaciones, todavía incipientes, nos abren a descubrimientos insospechables que cambiarán nuestro mundo. Todos los campos del saber y de la vida se están ya resituando: no solo se habla de neuropsiquiatría y de neurolingüística, sino también de neuroeconomía, neuropolítica, neurocultura, neuroderecho, neuroética. Y también de neuroteología. Con razón. El conocimiento de las neuronas y de su funcionamiento es tan provocador e incitante para la teología como lo fue el descubrimiento de que la tierra gira en torno al sol o de que la vida aparece y de desarrolla por la evolución. O mucho más. Vemos, oímos, olemos, saboreamos gracias y de acuerdo a las neuronas, esas células físicas especializadas en enviar, recibir, almacenar, procesar señales de información; gracias y de acuerdo a ellas y a sus innumerables conexiones o sinapsis, que se cuentan por billones, trillones o cuatrillones, somos “un cuerpo orgánico” y un “yo espiritual”.

Pensamos, sentimos, cantamos, bailamos, lloramos, reímos, recordamos, admiramos, tememos, amamos, odiamos según cómo sean y funcionen las neuronas. Somos fieles o infieles, generosos o egoístas, felices o desgraciados según cómo sean y funcionen las neuronas. E igualmente “creemos en Dios” y rezamos según sean y funcionen nuestras neuronas, si bien –observación importante– el conjunto de las funciones neuronales modelan a su vez las neuronas y sus relaciones.

En cualquier caso, lo que llamamos “yo”, “alma” o “espíritu” no es más que el “todo” o la forma que adopta el conjunto de las funciones neuronales en cada momento de nuestra vida, si bien –observación igualmente importante– en todos los organismos el “todo” es más que la suma de las partes. Somos neuronas, que son células, que son materia, que es energía, que no sabemos qué es. Lo cierto es que la realidad no está compuesta de materia y espíritu. En realidad, “materia”, “espíritu”... son formas en que nuestras neuronas captan la realidad. ¿Y “Dios”? No pude ser pensado como “puro espíritu”, en contraposición a la materia. ¿Podría ser pensado como el “Todo”, la “forma” o el “alma” de la Realidad?

Ya no podemos hablar de trascendencia, dignidad, libertad, pecado, perdón... como si no fuéramos animales emergentes de las neuronas, como todos los demás animales, que poseen neuronas, salvo las esponjas. ¿Y entonces? ¿Qué tenemos de particular los seres humanos? Alguna neurona complicada provoca en nosotros esa necesidad de ser únicos en el mundo: es nuestro problema. Tu cerebro tiene unos 100.000.000.000 de neuronas, una ballena y un elefante tienen el doble –aunque en un cuerpo muchísimo más grande–, un pulpo tiene 300.000.000, un perro 160.000.000, un ratón 4.000.000, una hormiga 10.000, un gusano nematodo 302... Los orangutanes, con sus neuronas, planifican sus rutas de viaje y las comunican a sus congéneres. Cada ser

en el universo es absolutamente único, y nadie es superior a nadie en dignidad.

No es descartable que haya en el universo –o incluso “fabriquemos”, gracias a la neurotecnología y la ingeniería genética– seres más inteligentes que nosotros, y es más que probable que en la Tierra, dentro de muchos millones de años, vivan seres no humanos mucho más inteligentes o “espirituales” que nosotros (y que Buda o Jesús de Nazaret...). Científicos de la Universidad de California-Irvine han conseguido crear y borrar recuerdos manipulando las neuronas de unos ratones. Científicos austríacos acaban de crear un “microcerebro” humano, aunque no han encontrado por ahora quien esté dispuesto a que se lo trasplanten.

¿Y entonces? Todo es más maravilloso. Las preguntas valen más que las respuestas. Las respuestas valen en la medida en que suscitan nuevas preguntas. Nuevas preguntas nos abren a nuevos caminos en nuestra manera no solo de pensar, sino sobre todo de sentir, de mirar, de vivir.

¡Qué aburrida resulta una teología que se limita a repetir! ¡Cuán tediosos y estériles son esos manuales y textos, que vuelven a proliferar en nuestras facultades de teología y se limitan a repetir respuestas del pasado para preguntas del pasado! Los textos sagrados, o los dogmas de ayer, están llamados a ser cada vez revelación nueva. La lectura se vuelve descubrimiento y sorpresa. El texto del pasado nos abre al futuro. Se da revelación. Solo se da revelación cuando

nos acercamos a la Zarza Ardiente con los pies descalzos, la mente desnuda de saberes y el corazón abierto. Con nuevas preguntas. Así avanzan las ciencias, y también la teología. Claro que la teología no avanza como las ciencias positivas, acumulando conocimientos empíricamente verificados, pero también la teología –al igual que la filosofía, o el conocimiento simbólico en general– se nutre de preguntas, se inspira en la admiración, y avanza en el no-saber, y solo así acoge chispas de luz para la vida.

Después de esta digresión argumental puramente biológica, ¿dónde situarnos, dónde busca el hombre el fundamento de su ser, dónde la plenitud y el sentido de cuanto es, siente y sabe? ¿Dónde se sitúa la capacidad de libertad y decisión, dónde las ideas, las normas y hasta el mundo...? ¿Cuál es el sentido de la ley natural, qué es el instinto y qué la motivación moral, qué de todo...?

El Escándalo de la Encarnación

La Encarnación es la hierofanía personal de Dios. El que viene de Dios entra en la entraña de la historia, asume su vida y sus miserias. Puede redimirla desde dentro en clave de entrega.

Encarnación significa presencia personal. Allá donde se rompe la trascendencia inasible y toma en su ser la humanidad concreta, con su palabra, en su forma humana plena. No hay juego ni apariencias, es verdad en todo lo que de verdad humana hay en él. La encarnación encierra un mensaje concerniente

no sólo a Jesucristo, sino también a la naturaleza y al destino de cada hombre (Cfr. BOFF, L.: *o. c.* 193).

No hay religión alguna cuyo Dios se haga carne individual humana. Tienen representaciones visibles, imaginativas o simbólicas, pero no en esta verdad de ser Dios mismo en el hombre de carne y hueso. El cristianismo es religión de encarnación. La teofanía o manifestación divina se identifica plenamente con la historia concreta de Jesús, con una persona. Y aquí comienza el escándalo. Dios es Dios, sigue en la altura, pero al mismo tiempo se revela en un humano de la tierra. Esta es la paradoja, este es el misterio.

Las viejas religiones han conocido las hierofanías cósmicas: cielo y tierra, piedras y animales, árboles y fuerzas atmosféricas; pero la revelación de Dios no es plena. Ni siquiera las religiones proféticas, tan llenas de palabras y libros de Dios... Sólo el Cristianismo confiesa que al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley (*Gá 4, 4-5*).

Dios es persona humana, un misterio que sólo podemos expresar en forma paradójica. Decimos en lenguaje histórico que el Hijo de Dios nace en el tiempo, y es sólo en esa categoría material desde donde tomamos las referencias para hablar de su filiación Divina. Sabemos que es Dios, que brota de Dios sólo cuando se realiza sobre el mundo. De tal manera que al hablar de encarnación (humanización) entendemos que es la expresión misma de lo divino y de lo

eterno. El que nace de mujer en el tiempo de la historia es el mismo que ha nacido (nace sin cesar) de Dios, como Hijo eterno.

Para hablar de Dios, ciertamente, el lenguaje es siempre deficiente, por eso toda afirmación sobre el Dios cristiano pasa necesariamente por la persona humana de Jesús (su identidad, su nacimiento, desarrollo). Es el Dios en persona o, mejor dicho, el mismo Hijo de Dios humanizado.

Para nosotros Dios es el que puede encarnarse (expresarse) del todo en lo humano (no en un ángel o animal, un vegetal o una estrella). Dios se encarna en el hombre Jesucristo, de manera que su misma historia humana es historia divina. La teología-cristología, por tanto, pretende, desde su método racional-lógico, esclarecer la fe desde el lenguaje propio de Jesús, a partir de Jesús, desde la accesibilidad de la realidad humana contingente sin pretender por ello sustituir el misterio, como diría K. Rahner (Cfr. RAHNER, K.[1969]: “¿Qué es un enunciado dogmático?”, *Escritos de Teología V*, Madrid).

Dios no es una idea, como podía haber dicho Hegel; ni se expresa en la hondura supra-material del alma o del espíritu, como podrían decir los neoplatónicos y/o gnósticos, sino en un humano concreto: Jesús de Galilea.

Jesús es hombre (=un humano) individual, histórico. Un ser que necesita de los otros para nacer. Tiene madre, es hijo de la promesa, se sitúa en la historia de Adán, es decir en el contexto general

de la historia de la humanidad. Lleva en su suerte la suerte de todos los seres humanos.

En la Encarnación se cruzan todos los caminos de lo humano. Es el “universo concreto”: Dios no se ha expresado en un libro perfecto de misterios eterno (Toráh del judaísmo, Corán islámico), ni en la totalidad general del proceso cósmico, sino en Jesús, su Hijo, compendio y sentido de todos los seres humanos.

Encontrar a Dios supone situarse en el camino de la historia, donde se encarna y vive con nosotros (cf. Jn 1,10-11.14). Este es el Logos, Hijo de Dios, siendo Cristo de la humanidad (cf. Jn 1, 17-18).

La Encarnación expresa el tiempo de Dios en la inmanencia de lo humano. Un tiempo abierto evidentemente a una realidad mayor y más plena, más profunda, con una densidad de sentido que nos abre hacia unos espacios y tiempos distintos. El nivel de la fe supera el plano puramente biológico y físico porque el que ha nacido de mujer decimos que ha sido concebido por obra del Espíritu Santo, queriendo con ello afirmar la presencia del misterio de Dios en lo humano. No se trata de una lectura espiritualista, en un plano de fecundación angelical o de biología espiritual, como si lo humano fuera un cuerpo pasivo en este proceso. Se trata de la vinculación necesaria de la mujer (María) y Dios. Porque es la expresión de Dios en la carne histórica y concreta para que surja el Hijo de Dios sobre la tierra.

Cuando se habla de la Concepción por el Espíritu no puede interpretarse como un milagro en clave de ciencia biológica. Lo que estamos diciendo es que la encarnación del Hijo de Dios es totalmente de Dios y totalmente de lo humano (María)... por obra del Espíritu Santo.

No se trata de entenderlo desde una ciencia biológica, pues eso sería banalizarlo, convirtiéndolo en un simple prodigio de la historia, sino como símbolo fundante de la fe. Apelamos al relato evangélico de Lc 1-2 y Mt 1-2 que nos hablan de lo incontable, narran el misterio inenarrable del origen creyente (humano-divino) de Jesús, como Hijo de Dios. Su narración es humana pero nos llevan al umbral de la revelación divina: Dios es el que se expresa en el camino de Jesús. La encarnación se entiende como la inmersión gratuita y salvadora de Dios en una historia concreta y bien conocida por todos nosotros: amenazas, violencias, problemas religiosos-políticos... pecado, gracia...etc. (Dios en una tierra sometida al poder romano [Belén], bajo un censo, en un pueblo, vasallo, en una gruta de animales, un súbdito más de reyezuelos concretos [Herodes]...amenazado por la historia misma de su encarnación [Cfr. PIKAZA, X: *Este es el Hombre, Manual de Cristología, Secretariado Trinitario*, 292-297]).

En la encarnación se supera la fragmentación de un pensamiento dualista entre lo divino y lo humano, entre la materia y el espíritu, entre la forma y el fondo, entre lo de arriba y lo de abajo,

entre lo trascendente y lo inmanente. Dios es en el hombre y el hombre es en Dios, unidad indivisible y esencia existente, esencia y existencia en el hombre Jesús. La encarnación viene a ser “la plena conjunción de una humanidad completa y de una divinidad integral” (MOINGT, J.: *Dios que viene al hombre, I. Del duelo al desvelamiento de Dios, Sígueme*, 100).

Quizá sea esta visión la que hace del cristianismo la consumación manifiesta o absoluta de todo el pasado religioso de la humanidad. Dios no se sabe a sí mismo en verdad más que en el hombre y que el saber que el hombre tiene de Dios es idéntico. (*Ibi.*, 160).

Desde la encarnación la fe cristiana se muestra ligada a la inteligibilidad del mundo y de la historia, y a la posibilidad de pensar a Dios desde los contenidos de racionalidad. Dios es pensable, en cuanto concepto dinámico, viviente, desplegado en la historia, en esa unidad que hay entre lo finito e infinito de Jesucristo (BARTH, K./ RAHNER, K./ VON BALTHASAR, H. U. / TILLICH, P.).

La encarnación de Dios en Jesús significa que la palabra y la voluntad de Dios han tomado forma humana en todos los discursos de Jesús, en toda su predicación, comportamiento y destino: en todas sus palabras y obras, en sus sufrimiento y en su muerte, en su persona entera, Jesús anunció, manifestó y reveló la palabra y la voluntad de Dios: como en Jesús coinciden plenamente las palabras y las obras, la doctrina y la vida, el

ser y el actuar, él es corporalmente, en forma humana, palabra, voluntad e Hijo de Dios (KÜNG, H : *¿Existe Dios?*, 932). El verdadero hombre Jesús de Nazaret es para el creyente revelación real del único Dios verdadero y en este sentido, Palabra e Hijo de Dios (p. 933) El Dios del NT. tiene nombre y rostro, concreto, preciso y personificado en una figura humana individual, en la que se ha hecho carne el hijo de Dios, su palabra, su voluntad, su amor. Lo cristiano del Dios cristiano es el propio Cristo, por quien conocen los creyentes a este Dios. Es el Jesús de Nazaret real e histórico (pp. 938-939).

De ello se derivará toda la fundamentación ética cristiana. El criterio ético está referenciado necesariamente a esta encarnación. Ella será la determinante y causa de todo comportamiento. Porque al ser una persona histórica y concreta, Cristo Jesús posee una plasticidad, una perceptibilidad y una realizabilidad que no se dan en una idea eterna, en un principio abstracto, en una norma general ni en un sistema conceptual (p. 942).

El Abajamiento de Dios

Los creyentes sabemos que Dios llora y gime con nosotros. El tema radical cristiano es el “abajamiento”, es decir, la “encarnación” de Dios. El hombre es imagen de Dios y por eso está empeñado en encontrarle, para vincularse a él en plenitud. Pero la imagen debe hacerse semejanza, es decir, identidad natural para que ambos puedan mirarse y darse vida, cara a

cara, en pleno matrimonio, y para eso es necesario que Dios “baje”, se haga carne. De esa forma, Dios mismo se introduce en nuestro mundo, asumiendo nuestra bajeza, nuestra nada. Sólo así la nada (ser del hombre) puede convertirse en todo: ser abierto plenamente a lo divino, porque Dios mismo se ha hecho carne, se ha hecho nada. El Hijo asume la voluntad del Padre y se encarna por María.

El Hijo de Dios sale del secreto de Dios, que se realiza en el seno de María. Sale como esposo eterno e infinito, abrazado ya a su esposa tan pequeña, reflejada y condensada en la propia humanidad de Cristo. Éste es el misterio de la fe, es la confesión fundante del credo. La unión de las dos naturalezas de Cristo (Dios y hombre) se interpreta en categorías de unidad, como el encuentro victorioso de Dios y de los hombres que el Apocalipsis de Juan ha prometido como meta de los tiempos.

Cristo es totalmente Dios haciéndose un hombre, kénosis radical, entendida como salida y entrega de sí mismo, en gesto que amplía y despliega el misterio trinitario (Cfr. Filp.2,6-8)

El Hijo de Dios se ha introducido en la “bajeza” del mundo, donde están los hombres oprimidos, en situación de impotencia, de fatigas y trabajos. Sólo de ese modo, encarnándose y haciéndose en verdad “hijo del hombre” el Hijo de Dios hace suya la humanidad, tomándola en brazos, acariciándola en ternura y elevándola a su gloria.

Ciertamente, en un sentido, el hombre parece “cautivo”, en poder de “poderes

adversos”. Pero, en sentido estricto, su cautiverio no es más que ausencia de Dios. Llamado al amor el hombre vive todavía en situación de desamparo.

El punto de partida del misterio no es que el hombre ascienda, para encontrar así al Señor más alto de los cielos (como en el mito de Platón), sino que el mismo Hijo de Dios descienda y tome carne, de manera que Dios y el hombre se vinculen en la misma tierra. En ese aspecto, la unión carnal y verdadera del Hijo de Dios es la misma realidad. Es aquí donde se expresa la más honda paradoja: introducido en la bajeza, viene a presentarse, al mismo tiempo, como pobre y necesitado, envuelto en llanto. La encarnación se cumple ya en Belén como fiesta paradójica, como trueque misterioso en el que vemos «el llanto del hombre en Dios” Cristo que llora en el pesebre. Este es el éxtasis de la encarnación, el centro de la fe cristiana.

Esto significa que el Hijo de Dios y salvador, no viene para imponerse desde arriba con grandeza, sino como aquel que necesita ser amado, recibido, poniéndose en manos de los hombres. Ésta es la historia de aquel que viene como el que ha de ser amado, pero no como el Primer Motor de Aristóteles, impasible en su grandeza, superior a todos, sino como sufriente, pequeño, dentro de la historia de los hombres. La palabra de fe ya no puede decir más. El resto del misterio pertenece a la experiencia y camino personal de los creyentes, que deben situarse con María (como ella) ante el enigma de la encarnación. De esa for-

ma se deja paso al compromiso personal; comienza la historia de cada uno de los fieles que asumen y completan (ratifican y realizan) en su propia vida el gran camino de la encarnación de Dios en Cristo.

Nos colocamos en el centro del mensaje histórico de Jesús. El evangelio se presenta en su verdad como la más profunda teología. Jesús ha revelado la verdad del Padre, de tal manera actúa Dios en Cristo. Tenemos en Jesús la noticia más perfecta (ya absoluta) de Dios Padre. Pues bien, dando un paso más y siguiendo la doctrina de la iglesia, la encarnación se expande hasta abarcar en sí la pascua: el Hijo de Dios ha de asumir la muerte y sufrimientos del conjunto de la humanidad. Se sobrepasa así por imperfecto aquel problema que algunos escolásticos pusieron: ¿habría muerto el Hijo de Dios si no existiera pecado sobre el mundo? ¿se abría encarnado? Se hace semejante para igualarse con los hombres, para hacerse semejante hasta el final ha muerto por ellos y con ellos. De esa forma se ha cumplido la mayor de las paradojas. Antes que ascenso del hombre, la salvación es descenso de Dios. Dios se abajó hasta introducirse en nuestra carne y carne mortal, como indica bien el llanto de la Navidad.

La madre le contempla sin entender. Una teología admirativa. Lógicamente, en la misma línea de Flp 2, los fieles de Jesús han de asumir ese descenso y viendo que el mismo Dios se desviste y abaja para estar con ellos, ellos tendrán que

abajarse también, para ascender de esa manera a lo divino. Sólo podrán hallar a Dios (y hallar de esa manera su grandeza) si es que se despojan y desvisten, si renuncian a todos los deseos de la tierra. Sólo en esa vaciedad y en esa nada pueden acoger la voz de Dios y descubrirle (celebrarle) en su existencia. De esa forma, el mismo descenso se hace ascenso, la negación se vuelve afirmación, como ha desarrollado bien toda la prosa teológica de San Juan de la Cruz. El Dios que comparte nuestra vida, que penetra en ella, siendo totalmente trascendente, no el Dios del cosmos superior de las almas de Platón, ni el Dios que mueve en giro la rueda de los astros. Éste es el Dios que penetra en la historia de los hombres, haciéndose humano en ella, e iniciando así un camino de pascua salvadora.

En el pesebre de Jesús, con el llanto del hombre en Dios, comienza la historia verdadera de la salvación, la pascua de Dios con los hombres, el camino de la iglesia en palabra y sacramento, la ratificación escatológica de los desposorios en Ap. Jn. etc. etc. Todo está iniciado en el pesebre del llanto de Dios en Jesús, ante sus bodas de amor con la humanidad. Ahí es donde debe comenzar el compromiso de experiencia de los fieles, Dios es donación y- comunión de amor gratuito (Trinidad); el hombre está creado para elevarse sobre el mundo (sobre sí mismo) y abrirse en amor con el Hijo de Dios; por su parte, el Hijo de Dios se ha introducido en nuestra pequeñez y muerte de manera que sólo en esa muerte (despojándonos del viejo

ser) podemos encontrarle. Esta es la base y fundamento de todo.

Encarnación: La Causa del Hombre.

Repercusiones éticas

Dios ha tomado para sí la causa del hombre. No al estilo de Sócrates que va del recto pensar en orden al recto obrar; ni, al estilo de Confucio, la instrucción y formación del hombre fundamentalmente bueno; ni una transformación al estilo del asceta Siddhartha, quien por iluminación se convirtió en Buda. Para Jesús, Encarnación, se trata de una transformación radical por entrega del hombre a la voluntad de Dios (Cfr. KÜNG, H.: *Ser Cristiano*, 313 ss.).

En la Encarnación se verifica la radical identidad de la voluntad de Dios y el bien del hombre. Ya no se puede estar a favor de Dios y en contra del hombre. No se puede ser piadoso y comportarse de forma inhumana. ¿Ha sido esto realmente obvio alguna vez? Jesús no es una interpretación humanística de Dios, no lo reduce a la confraternidad humana. Tampoco diviniza al hombre, como haría Feuerbach. Tal divinización lo deshumanizaría tanto como su esclavitud. Sencillamente, fundamenta en la benevolencia de Dios para con los hombres la benevolencia de los hombres entre sí. De ahí que el criterio último sea siempre el mismo: Dios quiere el bien del hombre. (p.316)

La Encarnación revoluciona la concepción total de Dios y del hombre, de su radical conciencia, de su actitud fundamental y de la orientación del pensamiento y de cualquier acción. Jesús,

Dios encarnado, relativiza el ordenamiento religioso, político y económico. De tal modo que las tradiciones, instituciones y jerarquías quedan sometidas a su ser en el mundo, a su decir y a su hacer como referencia primera y última que supera el antes y el después de cualquier religión o ideología existente. De ahora en adelante queda abolida la religión legalista tradicional para quedar centrada en el servicio al hombre: los mandamientos se hicieron para el hombre y no el hombre para los mandamientos (p. 317).

La causa de Dios no es la Ley, sino el hombre. El propio hombre pasa a ocupar el lugar del ordenamiento absolutizado de la Ley: humanidad en lugar de legalismo, institucionalismo, juridicismo, dogmatismo. La voluntad del hombre no suplanta a la voluntad de Dios, sino que la voluntad de Dios se concreta a partir de la concreta situación del hombre y de los hombres, sus próximos. He aquí la revolución copernicana de la religión: de una religión del hombre en la trascendencia a una relación personal en la inmanencia. A Dios se le encuentra en el mismo camino que haces, en la carnalidad visible de tus acciones, en el sufrimiento mismo de tu carne, en la salvación de la historia concreta de la humanidad.

No es de extrañar que el judío piadoso se escandalizara ante la relativización que Jesús hace de las más santas tradiciones e instituciones. ¿No se da acaso, ahora, el mismo escándalo cuando relativizamos las nuestras? ¿El odio

de los sumos sacerdotes y escribas no se estará produciendo hoy cada vez que la Encarnación derriba del trono a los poderosos, sean del estamento que sean, de la nación que sean, aunque sean de la misma Iglesia? Porque quien relativiza el ordenamiento legal y ritual socava asimismo los cimientos de la jerarquía.

¿Qué significa esto? Que el servicio al hombre tiene prioridad sobre el cumplimiento de la Ley. Jamás el hombre debe ser sacrificado a presuntas normas o instituciones absolutas. No se trata de abolir nada sino de juzgar todo lo que se haga bajo el criterio del respeto sagrado al hombre. El hombre es la medida de la Ley. Sólo desde este ángulo ético será posible distinguir lo que es correcto o incorrecto, esencial o indiferente, constructivo o destructivo, ordenamiento bueno o malo.

Hablar de Encarnación no es circunscribirse al mundo de las ideas filosóficas sino a la concreción histórica del hombre. Encarnación es sociedad, política, lucha, justicia. Nada que sea humano le es ajeno a Dios.

La Teología especulativa será válida en tanto encuentre su camino encarnado en la significatividad de la historia del hombre, en el Dios hecho historia, donde la naturaleza, la historia y Dios, al decir de Zubiri, fusionan el sentido pleno de la salvación.

La causa de Dios no es el sólo culto, sino el hombre. El propio hombre pasa a ocupar el lugar de la liturgia absolutizada: humanidad, en lugar de formalismo, ritualismo, liturgismo, sacramenta-

lismo. El servicio del hombre no suplanta el servicio de Dios, sino que el servicio de Dios jamás dispensa del servicio del hombre, ya que en él perdura y se afirma. Podemos y debemos decir que el auténtico servicio divino es a la par servicio humano y que el auténtico servicio humano es a la par servicio divino.

He aquí la Encarnación.

A modo de Conclusión

Quiero decir lo siguiente:

El creyente cristiano, por afirmar la unión hipostática de la divinidad y la humanidad en Jesús, ve en toda la realidad las actuaciones de Dios y del hombre no en competencia, sino en cooperación,

pero en distintos niveles (Cfr. BUSTOS SAIZ, J. R.: *Cristología para empezar, Sal Terrae*, 125-133). La concepción cristiana de Dios no tiene nada que ver con Prometeo. Como se sabe, según el mito griego, Prometeo intenta robar el fuego a los dioses; y lo consigue, pero es castigado por su osadía. En la concepción cristiana, Dios y el hombre no pelean entre sí por nada, porque el interés de Dios es el hombre. Hasta tal punto que, cuando el hombre-Jesús dice: «mis intereses», es Dios mismo quien está diciendo: «mis intereses». No hay competencia entre el hombre y Dios, porque Dios se ha encarnado, porque Dios se ha unido a nuestra humanidad creada y a nuestra historia.